

nir es de todo punto imposible, porque antes que todo debería pensarse en lo que llegará á ser la situación industrial del antiguo mundo á fines del siguiente siglo.

De 1789 data el comienzo de una transformación social que parece no ha acabado todavía su misión, y podría suceder que de 1889 datase igualmente el principio de una transformación económica, que todo parece anunciar y cuyas señales precursoras, son demasiado prontamente, tomadas por indicios de una conmoción revolucionaria.

A los economistas es á quienes se debe dejar el cuidado de considerar la cuestión general del envilecimiento de la plata, de decir cómo el equilibrio necesario á la buena marcha del mundo económico y social podrá establecerse entre el capital cada día menos remunerado, y el salario que pide aumento.

Únicamente nosotros podemos considerar el porvenir ante los dos hechos que deben ó pueden producirse. Estos son en la actualidad las dos bases fundamentales de la fortuna pública, dejando á un lado la agricultura que será siempre el recurso primero así como el recurso extremo, puesto que ella procura directamente el alimento y aparte también el comercio, que es un medio relativo é intermedio.

Los dos puntos á que antes nos referimos son la industria manufacturera y la industria de transportes; la segunda aporta á la primera las substancias que pide y la surte de materiales de fabricación que á veces vienen de muy lejanos países, porque no todos los suelos las producen.

Estas dos industrias son de intereses encontrados y á pesar de esto están muy relacionadas entre sí.

La primera tiene necesidad de la segunda, así como ésta á su vez es de la primera de quien recibe los verdaderos productos.

Y sin embargo de esto, aquélla se queja del excesivo precio de los transportes, y ésta, haciendo como vulgarmente se dice, oídos de mercader, se obstina en mantener sus tarifas sin hacer caso alguno de las justas quejas de aquélla.

Para obviar estas dificultades, para armonizar verdaderamente los intereses dignos de atención de la industria manufacturera, es muy posible que llegue el día y precisamente de esta necesidad han de ser los verdaderos impulsores las Exposiciones, puede llegar un día, como decimos, en que se piense en elaborar las primeras materias utilizables, en los mismos lugares donde se fabrican los productos.

El carbón, que es uno de los elementos principales, se encuentra en diversos puntos de esos mis-

mos países manufactureros, y por lo tanto puede adquirirse sin la necesidad de un transporte largo y costoso.

Contrayéndonos á nuestro país, donde también las tarifas son elevadas y mucho más desde el momento en que se han de combinar con las de otros puntos; si el cultivo del algodón se fomentara en las comarcas que para ello se prestan y que en nuestro territorio existen; si nuestros hierros que para el extranjero salen y del extranjero vuelven convertidos en maquinaria, también pudiera construirse en nuestro país y por este mismo orden se dedicaran nuestros industriales á buscar los puntos á propósito para la obtención de muchas de esas primeras materias, ¡cuánto no ganaría la industria en general y de cuánto no le habrían servido esas Exposiciones que prácticamente han venido á enseñar las deficiencias con que tienen que luchar unos pueblos respecto á otros y los medios de compensar las enormes diferencias que resultan entre los precios á que pueden darse productos congéneres fabricados en una ó en otra nación!

Francia, país consumidor en su mayoría, ha ido reconociendo sin embargo la necesidad de fomentar sus industrias, de crearse primeras materias y de disminuir en lo posible los enormes gastos de transportes para que sus productos puedan ponerse en condiciones de aceptar las competencias.

¿Y quién podrá negar que este resultado se ha debido única y exclusivamente á las Exposiciones?

De ellas ha nacido el que se ensanchen los mercados de consumo, de ellas ha nacido el establecimiento de industrias en comarcas que no habían presumido jamás de ser industriales.

Todas las inteligencias puestas al servicio de esos colosales certámenes, han dado por resultado que cada uno de ellos haya constituido un escalón más, salvado, en la escala del progreso y de la civilización.

La Exposición de París, de que venimos hablando, ha sido una muestra bien patente de cuanto acabamos de decir.

Si se la compara con aquella primera Exposición de 1798, sorprende desde luego que en el espacio de un siglo haya podido adelantarse tanto, despertarse de tal modo la emulación del trabajo, y esclarecerse de tal manera las inteligencias, que los doscientos expositores de aquélla, se hayan convertido en los sesenta y seis mil de ésta.

Y sin embargo, los comienzos del período de gestación, si esta frase se nos permite, que tuvo el proyecto de la Exposición francesa de 1889, fueron

difíciles, sumamente laboriosos y hubo momentos en que se creyó que fracasaría el plan.

Pero había algo que llevaba á todos los ánimos cierta tranquilidad.

Desde el momento en que se anunció el proyecto en 1884 y que quedó sancionado en 1885, puesto que la fecha de la Exposición se fijaba para 1889, era ya una especie de garantía de cuatro años de paz, pues sabido es que esta clase de proyectos ni se conciben, ni se desarrollan, ni se realizan, en épocas de perturbación.

El Gobierno de la República se consideraba firme puesto que abordaba resueltamente aquel proyecto, y sus relaciones internacionales debían aumentar su carácter de estabilidad, cuando todos los pueblos habían recibido la noticia con satisfacción y se preparaban para acudir al gran certamen.

Los que dudaban de la continuación de la República, los que siempre estaban soñando con trastornos y disturbios producidos por aquella forma de Gobierno, no pudieron menos de tranquilizarse, porque al menos por cuatro años, creyeron asegurada la paz, toda vez que únicamente á la sombra de ésta es como pueden verificarse los trabajos necesarios para una obra de tal magnitud á fin de que dé el resultado apetecido.

Y precisamente cuando la tranquilidad parecía estar más asegurada, cuando tanto en el exterior como en el interior no se creía que pudiese ocurrir nada de anómalo, nada de particular, nada de extraordinario, el 30 de Marzo de 1885 cae de repente el Ministerio Ferry, la nación se conmueve y las disposiciones de Europa respecto á la Exposición se cambian de un modo notable.

Como no hay nada que sea tan desconfiado como el capital, ni nada tampoco más susceptible que la industria, lo mismo el uno que la otra pusieron en guardia inmediatamente, esperando los acontecimientos.

Las naciones que debían en primer término concurrir á la Exposición, empezaron á vacilar, pues los cambios de política sucesivos, las elecciones nuevas y la acentuación de la política interior, eran motivos más que suficientes para que las naciones monárquicas estuvieran retraídas ante la duda de si en la próxima Exposición, podrían ser recibidos sus productos por la municipalidad de París, como decía muy oportunamente un escritor francés; ó por un Gobierno firmemente republicano, pero republicano de orden.

Realizadas las elecciones, el Ministerio de monsieur Freycinet pidió á las Cámaras, que se apresu-

raron á concederle, el crédito necesario para los trabajos de la Exposición.

En un principio tratóse de que ésta se verificara por medio de la iniciativa privada, pero comprendiéndose y con razón que no era la situación económica nada á propósito para que aquella iniciativa diera buenos resultados y sobre todo porque era también abandonar el campo á la especulación, acordóse en definitiva que el Estado asumiese la responsabilidad de la Empresa, pero, con el concurso de una Sociedad de verdadera garantía.

Este sistema no tenía nada de nuevo, puesto que bajo él se realizó la Exposición de 1867, que obtuvo tres millones de beneficios, mientras que la de 1878 tuvo un déficit que alcanzó la cifra de veintiún millones.

Este sistema mixto, digámoslo así, tenía la doble ventaja de que por una parte el Estado, figurando á la cabeza de la Exposición, ofrecía á la Empresa esa seguridad que únicamente el Gobierno puede ofrecer, mientras que el concurso de todos para la reunión de un fondo de garantía, era la responsabilidad para cada suscriptor que á su vez se convertía en cliente interesado.

La cantidad acordada por la Comisión de estudio, teniendo en cuenta que la Exposición de 1889 debía cubrir un espacio de 291,000 metros ó sean dos mil más que en la de 1878, fué de 43 millones de francos, de los cuales el Estado daba una subvención de 17, la ciudad daría 8 millones y los 18 restantes los debía aportar la Sociedad de garantía que se constituiría.

De esta Sociedad formaron parte las grandes Compañías de ferrocarriles, las altas personalidades de la sociedad francesa, tanto de la banca, cuanto de la nobleza, los patriotas convencidos de la importancia que para la nación tenía aquel acontecimiento, los hombres de negocios, los empleados, los mismos obreros, reunidos en grupos, y finalmente, los grandes establecimientos comerciales, de los cuales el de *Le Bon Marché* y *Le Louvre* se suscribieron por quinientos mil francos cada uno.

Merced á estos elementos, con el entusiasmo de todos y la cooperación prestada por las naciones que respondieron á la excitación de Francia para exponer sus productos, la Exposición se inauguró el 6 de Mayo, llamando desde luego la atención los grandiosos trabajos presentados en ella y el gran número de pueblos que se habían apresurado por primera vez á acudir al gran Certamen.

Exceptuando Alemania y Turquía, la segunda por el mal estado de su Hacienda y la primera por



razones fáciles de comprender, todas las demás naciones, todos los demás pueblos llevaron su óbolo importante cada uno de por sí, y colosal en el conjunto, para aquella soberbia manifestación del genio industrial bajo sus múltiples formas.

Francia quiso festejar también aquel acontecimiento de un modo atrevido y sorprendente, y su torre Eiffel, de trescientos metros de elevación, soberbia construcción ideada y realizada con el mejor de los éxitos, por el ingeniero de quien lleva el nombre, al encender el faro colocado sobre la cúpula, demostraba con la luz que brotaba de él, los sorprendentes adelantos, las colosales conquistas alcanzadas por la ciencia, bajo el amparo de la libertad proclamada un siglo antes, y simbolizada en el mundo del arte, de la industria y de la cien-

cia, por aquella otra reducida Exposición de 1798, semilla, digámoslo así, arrojada sobre un campo empapado de sangre y que fructificó de tal manera, que todos aquellos mismos pueblos que concurrían al gran festival de 1889, todos ellos, á excepción de Rusia, en mayor ó menor escala habían alcanzado sus libertades y sus derechos á consecuencia de la Revolución Francesa.

Lógico era que todos ellos contribuyeran al espléndido acto realizado el 6 de Mayo de 1889, demostrando así, á la par que su gratitud por el beneficio recibido, todo cuanto el progreso humano había recorrido en aquella centuria y dejando entrever para lo porvenir los nuevos horizontes á que indudablemente ha de llegar en su incesante carrera.



DAVID LIVINGSTONE



## CAPÍTULO XXXV

## RESUMEN GENERAL DEL CENTENARIO

**E**l mundo marcha. Es indudable que la humanidad, desde su primera mañana, comenzó esa eterna carrera en la cual, si se ha detenido breves lapsos de tiempo, ha sido más que otra cosa para recobrar fuerzas y emprender con nuevo ardor el camino á que venía obligada desde su aparición sobre la tierra.

Estudiando detenidamente el pasado de todos los pueblos, es como únicamente pueden apreciarse todas esas grandes etapas de la civilización, puesto que el derrumbamiento de imperios, la transformación de sociedades, la creación de nacionalidades nuevas, la fusión de unas razas con otras, todos esos grandes acontecimientos registrados en la universalidad de la historia, no constituyen más que épocas de civilización, de las cuales se desprende el movimiento incesante de la humanidad caminando hacia adelante en busca de un mejoramiento intelectual, digámoslo así, sustentado y amparado por la fuerza primero, por las relaciones políticas después y por los convenios, por las comunicaciones, por la difusión de las ideas, más tarde.

De período embrionario para la civilización moderna podríamos calificar el que media desde la paz de Utrech hasta la revolución francesa, puesto que en aquel espacio se ve crecer la importancia de los establecimientos marítimos, aumentar las relaciones de Estado á Estado, la misma Rusia, alejada, digámoslo así, del movimiento general de

los pueblos europeos, pretende también inmiscuirse en los asuntos de Europa, sus flotas llegan hasta el Mediterráneo, Catalina dispone la exploración de la parte ignorada de su imperio en el espacio comprendido desde el Cáucaso hasta el Japón y Behring, Ouson, Cook y Damberger, cruzando el primero el estrecho á que da su nombre, realizando el segundo su viaje al rededor del mundo, flotando entre los hielos australes el tercero y llegando hasta el interior de Africa el último, propagan un caudal de conocimientos extraordinario, cuyos resultados debían tocarse más adelante.

Según la felicísima expresión de un historiador moderno, al levantar las pirámides astronómicas en el Polo y bajo el Ecuador, Maupertius y La Condamine, parecía como si tomaran posesión del globo que acababan de medir, en nombre de toda Europa.

Presa de irresistible torbellino parece toda la humanidad desde la mediación del siglo XVIII, y lo mismo el Oriente que el Occidente, se conmueven, se agitan, resuelven problemas y la sociedad europea, enorme crisálida que por tanto tiempo ha permanecido dormida dentro de su capullo, se agita, hace esfuerzos para romper las cadenas que la sujetan, anhelando convertirse en mariposa.

Parecía como que las miradas, hartas de haber permanecido fijas siempre en un solo punto, se extendieran de pronto por el espacio, quedando asom-